



«El gran drama es que el modesto efecto sobre la producción total tiene como contrapartida un descomunal descalabro en el sector financiero, los hogares, las empresas y las Administraciones públicas»

La misma gelatina con mucho sufrimiento

Si la economía española fuese una fábrica de gelatina, en el año 2011, fabricaríamos poco más de mil millones de toneladas de gelatina (a un euro el kg), apenas un 2,3% menos de la que fabricábamos en 2007, justo cuando se desató la crisis financiera internacional. Pero lo haremos con un 10% menos de trabajadores. La productividad de estos trabajadores habrá aumentado, pues, un 7,7% en el período y no precisamente porque los trabajadores que quedan se hayan hecho más productivos (en general, claro), sino porque la recesión laboral que todavía padecemos ha expulsado de la fábrica de gelatina a los menos productivos, con lo que la productividad media ha aumentado por un mero efecto composición. De hecho, como parece que el número de horas por trabajador (equivalente a tiempo completo) está aumentando, la productividad por hora habrá aumentado menos que la productividad por trabajador.

La capacidad de producir gelatina que tiene nuestra economía, podría decirse, está, pues, intacta. Pero es obvio que esta capacidad se ha reubicado ahora de forma muy intensa entre los 3,3 millones de establecimientos de ENAGEL: nuestra Empresa Nacional de Gelatina. Ello quiere decir que muchos establecimientos han cerrado para siempre, otros muchos andan muy maltrechos y unos pocos han salido reforzados. Incluso, al haberse perdido la capacidad de producir mucha gelatina de mala calidad, algunos de los establecimientos que se han visto reforzados han compensado esas caídas produciendo gelatina de clase extra para la exportación. Obviamente, no toda la gelatina que se produce es de la misma calidad. Una pequeña porción, afortunadamente creciente, de esa gelatina se produce en establecimientos excelentes.

El gran drama de esta reasignación productiva que está registrando la economía española es que el modesto efecto sobre la producción total tiene como contrapartida un descomunal descalabro en el sector financiero, los hogares, las empresas y las Administraciones públicas. Todos los agentes institucionales de la economía están regis-

trando verdaderas olas de choque que afectan a sus más profundas raíces, sus modelos de negocio, sus fundamentos de seguridad económica, de viabilidad de programas de gasto público, etc. Todo este sufrimiento, y el PIB español sólo habrá caído un 2,3% entre este año y 2007. ¿Cómo se hacían las cosas antes de la crisis? Esta no es una pregunta retórica. En primer lugar, está el problema de la baja productividad de nuestra economía, pero ello por sí sólo no explica todo el paisaje desolado, la tierra quemada que tiene en estos momentos la economía española. Además, hay que concluir que algunas de las actividades que se hacían antes aportaban muy poco, por no decir nada, al PIB. El monstruoso endeudamiento que en estos momentos se trata de reducir no había servido para crear bases de valor añadido, sino para entretener un circuito que ahora no puede responder frente a esas deudas. Una pésima asignación de recursos financieros.

En todos los años del *boom*, la asignación de recursos financieros ha desconsiderado sistemáticamente las actividades innovadoras, el emprendimiento de base tecnológica, las buenas ideas. El capital riesgo no ha fluído hacia las actividades de futuro, mientras que la financiación bancaria iba a actividades «seguras». Qué gran paradoja si miramos hacia atrás con algo de espíritu crítico.

La crisis está sañando dolorosamente las partes insalvables del tejido productivo tras los excesos acumulados. Hemos de eliminar en muy poco tiempo la grasa que se ha venido acumulando durante lustros. Las entidades financieras, las empresas no financieras y los hogares lo están experimentando y, en general, están llevando a cabo el proceso correcto: quitar la grasa. Pero me temo que, en lo que se refiere a las Administraciones públicas, hay un severo riesgo de que, en vez de quitar la grasa, con los ajustes *across the board* que estamos conociendo, se esté pasando el bisturí por algunos órganos vitales del sistema de gasto. Esto sólo complicaría las cosas horriblemente. Un sufrimiento innecesario y contraproducente ::

JOSÉ ANTONIO HERCE

es socio-director de Economía Aplicada y Territorial de Consultores de Administraciones Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es